

DISCURSO

6

DEL

DR. A. MURILLO

AL TOMAR POSESIÓN DE LA PRESIDENCIA

DE LA

6579/

SOCIEDAD CIENTÍFICA DE CHILE



SANTIAGO DE CHILE  
IMPRENTA DE EMILIO PEREZ L.  
1760—Santo Domingo—1760  
1897



DISCURSO

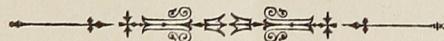
DEL

DR. A. MURILLO

AL TOMAR POSESIÓN DE LA PRESIDENCIA

DE LA

SOCIEDAD CIENTÍFICA DE CHILE



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA DE EMILIO PEREZ L.

1760—Santo Domingo—1760

1897



## DISCURSO

DEL DR. A. MURILLO AL TOMAR POSESIÓN DE LA PRESIDENCIA  
DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICA DE CHILE.

---

Señores y estimados colegas:

Hubo un tiempo, debo confesarlo, en que estuve á punto de desertar de vuestras filas, abandonando uno de los puestos de honor que vuestra benevolencia, más que la justicia, me había designado. Las intercadencias de salud, que una vida activa de trabajos profesionales traen consigo, junto con los años que pasan dejando los residuos no siempre ligeros de la existencia, me señalaban el descanso para reponer las fuerzas perdidas pero no agotadas; mas, hube de obedecer á vuestras insinuaciones, y en los años desde entonces trascurridos me he sentido cada día más ligado á vuestra amistad, me he identificado más y más á los destinos de esta Sociedad Científica y la he ido cobrando un cariño que cada uno de vosotros habrá podido aquilatar: la considero y la amo como mi propio hogar.

Al aceptar hoy el puesto de honor que me habéis discernido, no se me oculta la gravedad del cargo que sobre mis hombros va á pesar; no dejo de divisar la cuantiosa é inteligente labor que se me espera, si he de imitar á mis antecesores y si he de dar á nuestra Corporación el impulso de creciente actividad que me señalan los ideales perseguidos

por sus fundadores, mantenidos por todos los que la han hecho vivir después y los deseos generosos de los que nos agrupamos bajo la enseña levantada, prestigiosa y amplia con que la designamos.

No es sólo cuestión de amor propio, no es sólo el deber de seguir la corriente de impulsión que los fundadores de esta Sociedad la imprimieron; es un deber de levantado patriotismo, es una obligación que nos impone el grado de cultura que alcanzamos, lo que nos obliga también á mantener, como las antiguas vestales, vivo y perenne el fuego de nuestro amor á la ciencia, y que debe arrastrarnos á juntar en la misma benéfica corriente todos los escasos hilos que brotan en esta tierra que todavía no ha tenido el tiempo de secar sus extremidades al surgir sonriente y juvenil del fondo de los mares, recostada sobre una de las más grandes montañas que le auguran también grandiosidades en sus futuros destinos.

La ciencia no se improvisa; su desenvolvimiento es lento y penoso, y para surgir necesita de la unión que acrecienta, de la paz que hace fructíferos los esfuerzos y de medios de riqueza que la sirvan de impulso y de investigación.

En nuestras todavía poco organizadas nacionalidades americanas, donde el choque de antiguos y tradicionales resabios se hace sentir con gran viveza, donde los hombres de ciencia son escasos, donde la vida corre presurosa y las pasiones agitadas no dejan madurar las instituciones, se impone como un deber primordial, como una necesidad de primer orden la unión de todos los elementos científicos, de todos los hombres de buena voluntad que aman la ciencia, aunque no sean sus cultivadores, para deletrear siquiera las grandes curiosidades de la exuberante naturaleza americana, para reunir datos, para recoger los cuerpos, para hacer las observaciones, para explorar nuestras montañas,

para mirar con atención los cielos esplendorosos que forman nuestras bóvedas.

Esos datos, esas observaciones, esos cuerpos, esas miradas escrutadoras que las fotografías pueden reproducir, no quedarán, bien lo sabéis, estériles; no serán jamás perdidas.

Podemos ser trabajadores de segundo ó de tercer orden, meros albañiles científicos, simples peones en la labor inmensa que se agita por los dilatados ámbitos del globo y que dirigen y ordenan los grandes maestros; y de ese modo contribuir al trabajo común, á ese trabajo que asemeja á un hormiguero en plena actividad ó más bien á una colmena donde todos tienen parte en la fabricación del panal.

La ciencia que es para todos, vive de todos; y es deber de este alejado campamento no quedar en receso cuando sobre todo se han desplegado inteligentes actividades.

Es tiempo de declarar en alta voz que los que aquí nos reunimos no tenemos miras estrechas de nacionalidad. Chile ha vivido muy poco para tener acentuaciones partidistas, para declararse ligado á la ciencia ó ciencias de determinada nacionalidad. Si la Sociedad Científica ha tenido la honrosa paternidad francesa; si domina entre nosotros la raza latina que el errante y desgraciado Eneas fundara en el antiguo Latio, nosotros, los que aquí nos sentamos, creamos, y me hago un deber en declararlo, que la ciencia no tiene fronteras, que el estandarte por esta reunión enarbolado propende á la reunión de todos los hombres de buena voluntad que la aman y quieren servirla.

Hace tiempo, mucho tiempo, que vengo predicando con la palabra y con el ejemplo que los nacientes Estados americanos deben ser en materia de instrucción y de progreso como las abejas que trabajan su panal libando la miel de flor en flor, sin desechar ninguna, sin exclusión de cercado, sin más límite que el esfuerzo de sus alas. Esa es la labor que debemos imitar, y esa la estela que nos señala la historia.

Viven en la historia de la ciencia americana y son recordados con religioso respeto hombres venidos de diferentes países, de diversas universidades, que han hablado distintas lenguas y que se han llamado Humboldt, Bonpland, Bousingault, Ruiz y Pavon, Bertero, Feuillée, Frerier, Schudi, Burmeister, Darwin, D'Orbigny, Fitz-Roy, etc., etc.

En Chile no se borrará jamás la memoria de nuestros precursores, de los primeros que arrojaron la semilla en el campo inculto de la ciencia. Palpitante y fresco está en nacionales recuerdos el nombre de Gay, que escribiera y llevara á cabo su historia natural de Chile; el del geólogo Pis-sís, que levantara los primeros planos; el del español Gorbea, que introdujera las matemáticas científicas; el del polaco Domeyko, antiguo rector de la Universidad, que difundiera el conocimiento de la química; el del distinguido cirujano Sa-zié, de la escuela francesa; el del no menos ilustre médico inglés don Guillermo Blest, fundadores ambos de nuestra escuela médica; el del viejo y meritorio doctor don R. A. Philippi que, cargado de años y de merecimientos, va llegando apaciblemente á los lindes de la vida, dejando profundas huellas en la zoología y botánica chilenas; el del astrónomo Moesta y el de otros varios que han contribuído con su palabra ó con sus escritos á ensanchar el campo de los conocimientos humanos y á levantar el nivel intelectual de este país.

Si queremos tener algún valer; si pretendemos marchar con firmeza en el extenso camino que hemos de recorrer; si anhelamos fructuosos resultados, es indispensable que las pocas personalidades científicas nos unamos. Esa unión formará nuestra fuerza, nos servirá de estímulo, acrecentará nuestros deseos y dilatará nuestros horizontes. Chilenos, franceses, alemanes, ingleses, italianos, japoneses, americanos de ambos continentes, debemos aunar nuestros esfuerzos y formar un haz compacto.

Los Congresos anuales que por nuestro reglamento deben efectuarse en distintas ciudades de la República, y á los cuales se invita á todas las sociedades y á todos los hombres de valer intelectual, constituyen el medio más seguro y el mejor excogitado para trabajar por esa unión y acentuarla. En esas reuniones, los hombres que llegan de los distintos campamentos se tratan, comienzan á apreciarse y se sienten dispuestos á entrar en relaciones.

Del concurso desinteresado y benévolos de los hombres de ciencia y de progreso, cualquiera que sea el lugar en que se encuentren, puede obtenerse resultados beneficiosos de distinto género. Hemos sido testigos de un estudio que, iniciado en nuestra sociedad por uno de nuestros miembros más activos, el señor Lataste, ha podido ser completado gracias al concurso de nacionales y extranjeros. Las cuestiones relativas al *Margarodes Vitium*, de gran importancia para nuestros viñedos, han sido dilucidadas en poco tiempo por el profesor Giard de la Sorbona, miembro honorario de nuestra sociedad; por M. Valéry Mayet de Montpellier; por M. Marval, viticultor de Entre-Ríos (República Argentina); por el mismo señor Lataste y por los señores Briones y Pérez Canto, nuestros distinguidos consocios.

No teniendo en el país ni las especializaciones suficientes, ni las colecciones necesarias, ni los libros indispensables, cábenos el deber de golpear las puertas de los especialistas extranjeros pidiéndoles su ayuda inestimable, la que día á día nos ofrecen, como podéis ver en nuestras actas, para completar nuestras escasas investigaciones ó para pedirles el veredicto de su saber y de su experiencia. Felizmente, los sacerdotes de la ciencia desinteresada no escasean y no son pocos los que, rindiéndole culto, se contentan con el inocente placer de las novedades.

He dicho que la ciencia necesita de la paz que hace fructíferos los esfuerzos de los hombres á ella consagrados; y en

verdad, señores, que convendréis conmigo en que esa paz es indispensable para que se desarrolle con el vigor de las plantas que han de cubrir con su sombra á muchas generaciones. Hace tiempo que Saint-Claire Deville decía, hablando de la Academia Francesa, que la política había esterilizado los esfuerzos de sus miembros y detenídola en su marcha ascendente.

En efecto, no existe mayor enemigo de la ciencia que la política. Si la Europa, que durante siglos ha ido acumulando numerosas riquezas naturales; que ha creado cátedras numerosas, fundado institutos, instalado laboratorios, erigido innumerables museos; que ha infiltrado los conocimientos y difundido la ilustración en las masas, siente de vez en cuando profundamente perturbada su labor científica y desviado el rumbo de su poderosa corriente, ¿qué diremos nosotros los latino-americanos, donde la política prima sobre todo lo demás, donde la política significa expectación, nombre, influencias y algunas veces fortuna? Vivimos aún en agitaciones partidistas, divididos en pequeños bandos y agrupaciones, sin que lleguemos todavía al término de ver diseñarse con franqueza las grandes corrientes acentuadas de opinión que marquen el rumbo de la nave.

Y lo peor es que la política es tentadora á las veces. Nosotros mismos tenemos un ejemplo de palpitante actualidad.

Nuestro Presidente cesante, de quien he debido recibir las expresiones de sentida despedida, nos ha sido arrebatado yendo á ocupar uno de los sillones ministeriales de Gobierno, desde el mes de Noviembre, y ha emprendido campaña para ocupar una de las curules del Senado. Aunque estos honores sean merecidos y aunque ellos puedan repercutir agradablemente en el seno de nuestra corporación, no por eso dejaré de mirar con pena el alejamiento de uno de nuestros más meritorios consocios, de uno de nuestros más constantes, activos é inteligentes hombres de ciencia.

Pero si la ciencia debe ser desinteresada, si sus admiradores la tratan con amor platónico, no por eso necesita menos de elementos costosos de cultivo, de institutos especiales, de laboratorios, de instrumentos y de aparatos diversos que hay precisión de reponer y de variar. La ciencia verdadera, la ciencia de alto miraje; la que extiende sus miradas á las profundidades del cielo ó de la tierra; la que sorprende secretos y marca rumbos honrosos y fructíferos para la humanidad, exige la liberalidad de los Gobiernos y de los particulares para vivir y para desarrollarse. Sin dinero no hay ciencia posible.

Y, además, conviene tener presente siempre, que los hombres que á ella se dedican necesitan vivir; tienen, como los demás mortales, necesidades que satisfacer, hijos á quienes educar, mujeres á quienes atender, un hogar que les sirva de consuelo y de reposo. Por eso hay que remunerarlos.

La ciencia no vive en los desiertos; nace donde brota el agua que satisface la sed, donde se hace el pan que mitiga el hambre; va donde encuentra medios de vida, y se arraiga donde es querida y respetada.

Chile ha sido y es en extremo parsimonioso con sus profesores y hombres de ciencia. Se les exige competencia, y se les da una ración de hambre; se les pide perfeccionamiento en sus enseñanzas, y no se les da más que mezquinos medios de investigación. Existe una injusticia que clama al cielo. Así no se promueve ni se incita el progreso; así no se cultiva ni se difunde la ciencia; así sólo se arroja á los ojos del pueblo un puñado engañoso de dinero, y á los necesitados un mendrugo miserable de pan.

Si se quiere tener sólida instrucción, si se desea formar profesores que regenten las cátedras de nuestros colegios, si se pretende formar hombres de ciencia, es indispensable procurarles los medios de subsistencia. Se debe hacer del profesorado una carrera, una misión, una ocupación

única, para levantar el nivel bien abatido de nuestra intelectualidad.

Felizmente no se procede así con los profesores extranjeros, con quienes las instituciones nacionales se honran; se gasta con ellos un poco de más larguezas. Y bien; se cree que sus sueldos son demasiado crecidos; se oyen todavía murmullos de queja contra esos emolumentos; hay personas que consideran exageradas esas remuneraciones. ¡Poder de la ignorancia y del atraso! ¡Poder de la indiferencia y del egoísmo! Se está en Chile habituado á que el profesorado sea una especie de honor, cuando más una carga que se toma al acaso como un medio de auxilio para acrecentar rentas, y de aquí el asombro y la perturbación.

Nó; ya es tiempo de reaccionar contra esas tacañerías del erario, contra esas preocupaciones disolventes, contra ese sistema que deprime al profesorado y que esteriliza muchos esfuerzos intelectuales. Nó; es tiempo de ir de frente contra esas mezquindades que detienen el desenvolvimiento científico, que nos empequeñecen y nos desvían de los rumbos que nos marcaran los viejos profesores de nuestras escuelas y que nos señalan los nuevos progresos en todas partes realizados.

Esforcémonos, sobre todo, señores y queridos consocios, en ser útiles, en hacer amar la ciencia que levanta los corazones, que dignifica los espíritus, que es providencia humanitaria, y de la cual con justa razón el poeta ha dicho:

«Vences del mar la indómita braveza,  
«Y si la raza humana se commueve,  
«Mandas al rayo que en sus alas lleve  
«La idea que se agita en tu cabeza.»

Recordemos que de este círculo modesto y laborioso han salido, en los pocos años que tenemos de existencia, no pocos trabajadores que han llevado su actividad científica

desde la altiplanicie de Bolivia hasta las más apartadas provincias de Chile; y que se han escrito en su *Acta*, páginas que serían honrosas para cualquiera sociedad; recordemos el antiguo y verdadero adagio francés «nobleza obliga», y tratemos no sólo de no desmerecer de nuestros antecedentes sino de empujar con todas nuestras fuerzas el simpático aunque pequeño barquichuelo en que nos hemos embarcado, camino del progreso.

Las sociedades que se estacionan van al retroceso; es indispensable marchar sin detenerse, si no queremos quedar rezagados en el camino. Hay en el porvenir un más allá que atrae y fortalece; que brilla con una llama seductora y que arrastra con la fuerza de lo desconocido. La ciencia no vive en las aguas muertas; busca las aguas que se agitan, que se purifican con el movimiento y que están dispuestas á llevar en su corriente á los Argonautas que buscan la revelación de la verdad.

Y al terminar, señores, una súplica: vuestro concurso y vuestra benevolencia en la labor que inicio, y que no podría completar sin ellos.

---





